

5 de marzo 2016.

Es la tercera vez consecutiva en que nos encontramos en este mismo salón celebrando una “Jornada de laicos y religiosos en misión compartida.” Seguramente muchos de los que estáis aquí este año, estuvisteis ya en 2014, cuando se iniciaron. Desde aquella ocasión nos han acompañado siempre miembros de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar. En esta ocasión lo hace el Director del Secretariado de dicha Comisión, Don Antonio Cartagena. Don Carlos Osoro, Arzobispo de Madrid y Vicepresidente de la Conferencia Episcopal, que nos acompañó en las dos ediciones anteriores, estará también esta mañana con nosotros.

Gracias Don Antonio, por su presencia y sus palabras, signo evidente del interés de la Comisión Episcopal, que representa, por todo lo que significa evangelizar, proclamar el anuncio de Jesucristo, e incorporar a esta tarea eclesial a los laicos. Porque esto es lo que nos convoca en estas Jornadas: la misión; el envío de Jesús a anunciar la Buena Noticia al mundo y la sociedad de hoy. Un envío que está precedido de una llamada, de una vocación, y en este caso, se pone de relieve, la llamada conciliar al laicado a que “tome parte activa, consciente y responsable de la misión de la Iglesia.” (ChL 3)

No podrá extrañar que hayamos querido abrir esta Jornada con una ponencia teológica que pretende profundizar en la vocación laical en la Iglesia; es la realidad fundamental para entender en su justa significación la acción evangelizadora que desde hace ya años denominamos “misión compartida.” *¿Qué laicado para qué “misión compartida”?* Será la ponencia que desarrollará el P. Diego Molina. Pretendemos con ella responder a algunas preguntas que están en la base de la “misión compartida”: ¿Tiene una especificidad peculiar en la Iglesia la vocación de los laicos comprometidos en la “misión compartida.”? ¿Se puede hablar de un significado particular por realizar su misión desde el compartir el carisma y la espiritualidad de las familias religiosas? Estos eran algunos de los interrogantes que, necesitados de respuesta, nos planteábamos el año pasado, cuando reflexionábamos sobre los retos y desafíos del futuro.

Era justo, pues, recoger estos interrogantes para iniciar la reflexión de esta Jornada, y continuar así avanzando en la dirección apuntada. Efectivamente, el año pasado tuvimos especial interés en reflexionar, evaluar y proyectar sobre tres temas que nos afectan de manera particular: **misión, compartir, futuro**. Los seiscientos participantes trabajaron toda la jornada en grupos reflexionando y evaluando qué entendíamos, y cómo vivíamos la misión; pero una misión que no puede no ser “compartida”, porque no es nuestra, sino de Jesucristo y de la Iglesia; una misión que nace del don gratuito de la vocación laical y de la de especial consagración, que se nos ha regalado a laicos y religiosos. Llegábamos a la conclusión de que en la misión convergen la especificidad del laicado y la peculiaridad de los consagrados; que no son grupos que compiten en el espacio de la misión, sino que se constituyen en realidades que convergen, que son complementarias y que, en consecuencia, enriquecen la comunión eclesial; “misión compartida” no es, en modo alguno, espacio unívoco, sino ámbito de diversidad y complementariedad apostólicas, que surgen de las diferentes

vocaciones. El Concilio afirma que en la Iglesia “hay variedad de ministerios, pero unidad de misión.” (AA 2) Os recuerdo una frase con la que resumíamos la entraña de la “misión compartida:” dos vocaciones: laical y de especial consagración; un envío: evangelizar; un actor: el Espíritu; un horizonte: el mundo.

Pero desde esta constatación fundamental, la vocación, es necesario llevar más allá la reflexión sobre su fundamentación teológica, y discernir cómo vivir esta convergencia y complementariedad que hacen posible, pastoral y existencialmente, la misión que laicos y religiosos compartimos. Ya en la Jornada anterior se apuntó una respuesta: estamos viviendo en nuestros días una llamada del Espíritu a compartir, laicos y consagrados, los carismas fundacionales de cada familia religiosa y la espiritualidad que de ella se deriva. Pero nos quedamos en una prometedora enunciación, que abría la puerta a una necesaria clarificación y un desarrollo posterior. Por otra parte, advertimos con agrado, que es ya una realidad que se está viviendo y experimentando en no pocas familias carismáticas, y sobre la que también se ha reflexionado y escrito. Pero era necesario profundizarla en común, compartir y examinar las experiencias, y hacer extensiva esta convicción a los procesos en curso de “misión compartida” en bastante familias religiosas. En definitiva, llevar a todos el convencimiento de la necesaria formación en estos aspectos esenciales. Ayudarnos todos con la experiencia de todos, para que sea una experiencia fundada y discernida

Nos proponíamos, pues, como un reto que urgía afrontar, teológica y experiencialmente, una reflexión común sobre el carisma, la espiritualidad y la misión, considerándolos como un todo, íntimamente integrados; cuyo sujeto fuera los agentes apostólicos de la “misión compartida:” los laicos y religiosos; pero no separadamente, sino como un “nosotros,” en un sentido inédito. Cuidando bien de no proyectar en cada grupo una nueva identidad, sustituyendo o disolviendo la anterior, sino enriqueciendo su especificidad propia, laical y de especial consagración, al compartir los mismos carismas y la misma espiritualidad; de este modo, quedaba fundado armónicamente el sentido y la realidad de la “misión compartida.”

Aunque en cada edición de estas Jornadas ha sido importante la presencia de religiosos y religiosas, el equipo coordinador entendió desde el inicio que esta vez, era si cabía, más importante, casi indispensable diría yo, una presencia cualificada de consagrados, dado que el tema propuesto de la formación para compartir carisma y espiritualidad, les afecta muy especialmente. Nos planteamos la necesidad de compartir “algo”, “carismas y espiritualidad,” que hasta hace no mucho se presumía de propiedad privada, por así decir, de las congregaciones religiosas. Estamos muy contentos y agradecidos por la amplia representación de los institutos religiosos que han dado respuesta a este deseo. Lo que compartiremos será, debería ser, un punto de partida para profundizar la formación conjunta de religiosos y laicos en el contenido, en la vivencia y en el cómo compartir “carisma” y “espiritualidad.”

Compartir carismas y espiritualidad para compartir misión.

El programa de la Jornada contempla que la segunda parte de esta mañana la emplearemos en presentar el por qué y el para qué compartir carisma y espiritualidad.

Trataremos de profundizar que no es posible compartir misión, sin compartir en las familias religiosas su carisma y su espiritualidad.

Compartir los carismas y la espiritualidad confiere la posibilidad de que la “misión compartida” sea algo más que un trabajo o una tarea que los laicos realizan junto a los religiosos como colaboradores, voluntarios, simpatizantes, con o sin un contrato laboral. La “misión compartida” no es una simple tarea compartida, sino la realización de un proyecto evangelizador, eclesial, basado en una llamada del Espíritu a los laicos a vivir su fe, su vocación cristiana, su compromiso misionero, su responsabilidad eclesial desde un carisma y una espiritualidad que han nacido en una familia religiosa; un carisma fundacional que originariamente había sido concedido para ser vivido, en la comunión de la Iglesia, desde una vocación de especial consagración; y desde el cual y por la fuerza de su espíritu, cada instituto religioso realizaba su misión, su peculiar tarea evangelizadora. Cada carisma fundacional supone un modo de dar respuesta y realizar la misión, imitando, reproduciendo una faceta de la vida de Jesús. El Papa Francisco dice en *Evangelii Gaudium* que el carisma permite al que lo posee “reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por la misión...a vivirse como **misión**” (EG 273)

Hoy la fidelidad creativa al Espíritu y la aprobación de la Iglesia, empujan a que esos carismas fundacionales no sean propiedad exclusiva de un grupo de religiosos o religiosas, sino que puedan alargarse y **marcar** también a laicos y laicas que se sienten llamados a vivir su fe y a realizar su misión desde ellos. Así el carisma fundacional amplía su círculo de influencia carismática; aunque lo importante no es la influencia numérica, sino el especificar a una vocación laical el modo de vivir el seguimiento a Jesús y el modo de realizar la misión; por eso, en modo alguno debería llevar a debilitar o diluir su modo laical de realizar la misión en la Iglesia. Se enriquecen las respuestas a la misión, y el carisma, con frecuencia, también se enriquece al integrar en su totalidad la peculiaridad de una vivencia laical del mismo. Se vive así la propia identidad como riqueza para el conjunto de la “misión compartida.”

Lo dicho hasta aquí se puede aplicar a la espiritualidad. Como oiremos esta mañana se trata de una espiritualidad entendida como un modo singular de acercarse al evangelio y de mirar al mundo para anunciarle la buena noticia de Jesús; fortaleza del carisma para llevar adelante la misión y alimento para todos los que la comparten, en cuanto abarca el modo de relacionarnos con Dios en la oración. La vivencia de una espiritualidad, nacida al calor de un carisma fundacional, favorece el compartir un proyecto evangelizador con otros laicos y religiosos.

Viviremos una misma espiritualidad con acentos diversos; los religiosos acentuando el aspecto escatológico de consagración y profecía propio de su vocación, y los laicos en la “secularidad” que recuerda que la encarnación nos compromete con el mundo y nos invita a reconocer los valores propios de la creación, de la humanidad y de las culturas.

Pero somos conscientes de que se hacen necesarios unos modelos formativos específicos o compartidos por ambos, que aseguren una clarificación y reflexión sobre

las claves de la espiritualidad derivada de los diversos carismas. La tarde de hoy será dedicada a presentar algunas experiencias de estos caminos que ya se están recorriendo; será una ayuda para animar a muchos a iniciar o proseguir estas experiencias.

Quisiéramos con la ayuda del Espíritu que esta Jornada facilitara el abrirnos todos, laicos y religiosos, a este horizonte que el Espíritu nos está ofreciendo como llamada; a enriquecer nuestras vocaciones e identidades propias, a contar con unas mediaciones que ayudan a fortalecer la fe y superar las dificultades actuales de la misión. Que sirva también para entender más y mejor la “misión compartida,” a extender su ámbito de presencia, a disolver nudos y superar prejuicios, a conjurar el peligro de disolver la identidad propia de cada vocación, y en fin, crear comunión eclesial que hace creíble el anuncio del evangelio, según el deseo del Señor: que sean uno para que el mundo crea.

Elías Royón, sj

Coordinador de la Jornada.